

**Víctor Ruiz Iriarte**

## **Séneca, asesorado por Rivas-Cherif**

Cada día que pasa, en la languidez interminable y escasa de los años y en el camino inexplorado de la existencia, nuestros ojos curiosos de hombre, abiertos ante la realidad y cerrados cobardemente ante el futuro, han de velarse asombrados ante el resplandor de luminaria ficticia que forma el valor de algunos, que a veces linda con la soberbia, y la tolerancia de otros, que se confunde lastimosamente con la imposibilidad.

No es posible desentrañar algunas sorpresas que la vida nos depara, a los que decimos que vivimos, con la ingenuidad propia de quien no sabe lo que es vivir, sin sentir indignación o desprecio. Y el más leve desprecio acude a nosotros después de que hemos agotado el caudal de nuestra indignación. Claro que nunca hay que confundir el desprecio con la tolerancia. Ni mucho menos el instinto de educación que rehúye polémica, con la complicidad ante la audacia de quien provoca nuestro desprecio. Lo contrario sería carecer del sentido comprensivo que merecen la vida y los hombres. A pesar de que este sentido conocedor escasea hoy día de un modo lamentable; lo mismo que la sinceridad y la franqueza en la Bolsa –cotización al alza y baja– de las pasiones de la Humanidad.

No es necesario buscar ejemplos con imaginación de poetas. La realidad se encarga desinteresadamente de brindarnos casos y situaciones. Y un caso absurdo, en una situación inmerecida, es el «laureado» escritor Cipriano Rivas-Cherif. El «glorioso» Premio Nacional de Literatura 1932.

No es posible catalogar como escritor a Rivas-Cherif desde el momento en que ignora los más elementales deberes que impone la pluma. O finge ignorarlos y los arrolla, como no hace mucho demostró en las crónicas insultantes y ofensivas que firmaba con el pseudónimo cervantino de «El curioso impertinente». No importa. A pesar de todo consiguió recayera sobre él el orondo y reluciente Premio Nacional de Literatura, que más que una distinción para su personalidad, era un insulto para la infinita estela de escritores que le aventajan en méritos e inteligencia, y postores como él a la distinción honorífica y al premio material. Rivas-Cherif es el caso corriente y lamentable del hombre que brilla con el resplandor que produce la luz, más o menos real, que otros despiden. Y en esa luz, cegadora como vanidad humana que representa, ha caído vencido, como mariposa que vuela inconsciente hacia el peligro, y en las redes del relumbrón ha engraido su valer y sus escasos méritos de escritor hasta la altura inmarcesible de sus ensueños.

Rivas-Cherif, antes de aprender, sirve para enseñar. Antes de conocer sirve para asesorar. Toda una temporada ha figurado al frente de los carteles del Teatro Español, como «asesor literario y artístico». Pensará con orgullo, un orgullo ficticio, pero la vanidad de los hombres, no hace distinciones cuando la intimidad está ensoberbecida, que ha asesorado a varias gloriosas generaciones de autores españoles, desde Calderón y Tirso, hasta Benavente y Unamuno, pasando por el Duque de Rivas. Y no ha habido festival o velada en «su» teatro en que no se haya oído la voz «elocuente» y precisa de «El curioso impertinente»...

Llega un momento en nuestras vidas en que a pesar de haber cometido yerros y maldades, todo nos es perdonado, si tratamos de evitar el cometer un mayor delito. Pero cuando la ambi-

ción espiritual está desbordada, no reconoce frenos y desprecia el perdón. Y entonces caemos, a sabiendas del pecado, en el necio y deplorable sacrilegio. En caso análogo se encuentra Cipriano Rivas-Cherif, que no contento con sus «glorias» pasadas, intenta renovarlas, sirviendo de mentor en una obra, que es el orgullo de los que se embriagan con el divino zumo del Arte, que fue escrita por un hombre gloria de los latinos, que es maestro de pensadores y filósofos; es... Julio Anneo Séneca.

Todos hemos visto, en días pasados –y aún quedan como muestra duradera de lo audaz de la acción– unos carteles, anunciadores de la representación de «Medea», en el anfiteatro ruinoso de Mérida la romana. En los cuales, y junto a los nombres prestigiosos de Margarita Xirgu, Enrique Borrás y Miguel de Unamuno, aparecía un poco disminuido como ruboroso y tímido colegial que se arrepiente de una travesura, el nombre de Cipriano Rivas-Cherif. No era posible contemplar lo impreso, sin sentir una indignación sobrenatural. No era preciso ser hombre de letras y amante del Arte para comprender la herejía. Es una de tantas cosas con que la vida nos anonada y nos confunde, y que nosotros, con nuestro voluntario apartamiento a sus desmanes, consentimos y toleramos; sin comprender que esa tolerancia y esa complicidad inconsciente son la causa de la elevación inmerecida de los demás...

\* \* \*

Es un caso, aislado, en la vorágine, en que triunfan egoísmos y ambiciones. Quizá es uno de tantos que creen que el vivir, es aparentar vivir lo mejor posible, cuando en realidad su ignorancia de la vida es su mayor mérito para merecerlo. Pero piensen los que se encuentren en ese caso, cuando la audacia y la ambición estén colmadas... Cuando estén los egoísmos satisfechos... Con toda su estela de victorias fingidas y de triunfos pretéritos, que costó tan poco conseguir... piensen, que el pensar también es vivir, y... verán como todo su castillo de ilusiones concebidas y logradas se derrumba estrepitoso, ante el poder irónico y despectivo de una sonrisa burlona de la gentes.